

DIREZIONE GENERALE OPERE DON BOSCO

Via della Pisana, 1111

Roma



Roma, Pascua de Resurrección
26 de marzo de 1989

Queridos Hermanos:

En la madrugada del 15 de julio de 1988 moría en la ciudad de Puebla (México) el

P. HUMBERTO MENESES

Inspector
de la provincia mexicana del norte, con sede en Guadalajara.



Sólo dos meses antes, a principios de mayo, yo había estado con él en mi visita a las dos Inspectorías del País con ocasión de las celebraciones centenarias de Don Bosco. Unos días inolvidables en Querétaro, en el Cerro del Cubilete, en la Villa de Guadalupe, en Irapuato, en León, en Guadalajara y en Monterrey.

Lo había visto repuesto en salud, dedicado con tesón al feliz éxito de los programas y contento por lo extraordinariamente positivo de la organización y de los valores salesianos que emergían. No sospechaba que pocas semanas más tarde el Señor lo llamaría a su casa.

Falleció repentinamente, después de haber organizado el nuevo año de trabajo inspectorial. Su vicario, el P. Salvador Flores R., se expresa así en una carta:

«El Padre quiso seguir desempeñando su misión de pastor en medio de nosotros y nuestros jóvenes hasta el final, y todavía unos días antes de ser llamado a presentarse en la Casa del Padre participó activamente en la Asamblea de la Comunidad Inspectorial y en la Asamblea de Directores. Sólo después de esto y de haber dejado en orden las nuevas obediencias, aceptó retirarse a descansar unos días con su familia en Puebla. Allí mismo se hacía atender médicamente por algunos facultativos de su confianza.

Luego de unos días de descanso y de análisis, todo parecía estar mejorando en forma notable; sin embargo, estando ya para retornar a la Casa Inspectorial, se presentó una hemorragia motivada en forma indirecta por su misma enfermedad. En esta circunstancia se suspendió su viaje de regreso a Guadalajara y fue inmediatamente atendido. Sin embargo, su corazón no soportó esta nueva complicación y en la madrugada del 15 de julio, tras una breve crisis, pudo descansar de todos sus trabajos».

Algunos datos biográficos

El P. Humberto nació el 21 de noviembre de 1940 en Puebla, hermosa ciudad de México a dos mil metros de altura, de clima templado, de gente sencilla y serena, famosa por la tercera Conferencia general del Episcopado latinoamericano.

Desde pequeño conoció a los Salesianos de la ciudad e ingresó en nuestra casa «Trinidad Sánchez Santos», animada por el eximio



salesiano coadjutor señor Francisco Esqueda. Allí conoció a Don Bosco, lo amó y quiso seguirlo, atraído también por un hermano suyo, Honorio, que lo había precedido un año antes.

El aspirantado de San Miguelito, situado en la misma ciudad, estaba en sus heroicos inicios: se vivía una vida de gran pobreza y sacrificio; pero también de contagiosa alegría y de sentida piedad. Los salesianos, con el P. Luis Gómez Gil a la cabeza, habían sabido crear un clima de familia, según el modelo del Valdocco de la edad de oro: en esta familia de más de 200 aspirantes ocupaba un puesto eminente el ilustre bienhechor don Juanito Ponce de León.

Por esos años, desde 1950 a 1965, la Congregación vivía en México un feliz período de intenso dinamismo, de entusiasmo y de crecimiento. Los salesianos, que antes no llegaban a 100, pasan a ser más de 300: en 1949 las casas eran 10 y los SDB 85; en 1953 las casas serán 14 y los SDB 156; y en 1962 las casas serán 30 y los SDB 372. En 1963 se divide la gran Inspectoría en dos: la del sur de «Nuestra Señora de Guadalupe» con sede en la capital, y la del norte de «Cristo Rey y María Auxiliadora» con sede en Guadalajara.

Es de suponer la hermosa ilusión que llenaba los corazones de las numerosas nuevas generaciones de aquellos años.

Terminado el aspirantado, en agosto de 1957, Humberto Meneses pasó a Coacalco, cerca de la ciudad de México, para hacer el año de noviciado. Entonces Coacalco era una pequeña población, de campesinos y ganaderos, rodeada de fértiles campos bien cuidados. Aquí, bajo la guía del P. Pedro Mario, maestro de novicios, junto con 45 compañeros, se preparó a su primera profesión salesiana, emitida el 16 de agosto de 1958.

Pasó después al posnoviciado de Chapalita, en la ciudad de Guadalajara. Aquí encontró a 99 jóvenes como él, guiados por el P. Reinaldo Vallino y por otros competentes hermanos.

En 1962, con su flamante título de maestro, es destinado al aspirantado de San Pedro Tlaquepaque, que albergaba a unos 200 muchachos. Un aspirante de la época lo recuerda como «un asistente serio, responsable, inteligente y culto; ya desde entonces se le veía leer mucho».

Después del tirocinio, en 1965 volvió a Coacalco donde, muy cerca del noviciado, surgía el nuevo teologado. Fueron cuatro años de estudio, confrontando la teología de los manuales con los documentos



del Concilio Vaticano II recién aparecidos. La ola de contestación estaba comenzando, pero no había llegado aún a Coacalco.

El 30 de marzo de 1968 fue consagrado presbítero en la ciudad de México. Como novel sacerdote volvió al aspirantado de San Pedro Tlaquepaque con el cargo de consejero escolar.

Sus servicios de Superior Salesiano

A sólo 4 años de iniciado su apostolado sacerdotal fue designado director del mismo aspirantado — mayo de 1972; tenía 31 años!

Su ministerio de superior salesiano comenzó en un tiempo que se estaba volviendo particularmente difícil; la crisis posconciliar empezaba a tomar fuerza también en México. El P. Inspector necesitaba dirigentes seguros para colocarlos en los puestos delicados; en el P. Meneses encontró a uno de ellos, pues a su inteligencia y serenidad se añadía un gran equilibrio.

Sólo un año fue director de Tlaquepaque, pues en octubre de 1973 es promovido a una casa más importante: la comunidad formadora de Chapalita. Se trataba del aspirantado superior, una especie de prenoviciado. El directorado en Chapalita coincidió con la desintegración del teologado (en MEM) y del posnoviciado (en MEG). Los jóvenes salesianos, estudiantes de filosofía y de teología de la Inspección de Guadalajara, fueron reunidos provisionalmente en Chapalita. El P. Meneses fue, durante algunos años, director de esta compleja comunidad, que exigía especial comprensión, sano criterio salesiano y espíritu de fe.

A fines de 1978 el P. Inspector tuvo otro problema grave: la obra de Colima, que por varias razones estaba desprestigiada; el colegio tenía muy poco alumnos y llevaba una vida lánguida con peligro de cierre. A su llegada, el P. Humberto encontró que él y tres salesianos más debían atender una iglesia pública, un oratorio festivo, la primaria y secundaria del colegio y dos capellanías. No se desanimó, se puso de inmediato a trabajar, organizando a los padres de familia y a los profesores laicos en una comunidad educativa corresponsable.

El P. Reinaldo Vallino, visitando en aquellos años la presencia de Colima, admiró el resurgir de la obra y le preguntó al director cómo había podido realizar esa especie de milagro. La respuesta fue muy simple: «Basta dedicarse de lleno y la gente responde».



Después de siete años de Colima, con sus dificultades pastorales, pedagógicas y comunitarias, pero también con su extenuante calor, sus mosquitos, su alimentación no muy adecuada, el P. Humberto se sintió muy agotado y fue enviado a recuperarse (en 1985) a la comunidad de Zamora, que goza de un clima benigno. No se le dieron ocupaciones de gran responsabilidad. Debía reponerse; pero su descanso duró muy poco tiempo: durante su estadía en Zamora tuvo lugar la «consulta» en la Comunidad inspectorial para ayudar al Rector Mayor y a su Consejo en la elección del nuevo Inspector.

Los hermanos designaron su nombre por encima de todos, considerándolo capaz de animar y de organizar, con visión global de la Inspectoría, de buen criterio salesiano, respetuoso y comprensivo, fiel a Don Bosco, hombre de oración y de reflexión, sereno y coherente, preocupado de la formación del personal, inteligente y de ideas claras, dinámico y con sentido de gobierno, abierto al diálogo, experto en suscitar colaboración, trabajador y optimista, no obstante la salud delicada. Su actitud reservada, que a veces lo podía hacer aparecer un poco tímido, lo volvía atento y respetuoso y le atraía adhesión y fraterna comunión.

Cuando el Rector Mayor le pidió aceptar el cargo de Inspector (el 15 de diciembre de 1985) demostró el convencimiento profundo de su vida de fe: no puso dificultades, sabiendo que ya habían sido atentamente consideradas; y asumió con decisión y esperanza la nueva tarea. Venido a Roma para frecuentar el cursillo de los nuevos Inspectores, se demostró conforme, entregado y agradecido. Aprovechó admirablemente esos días de intensos diálogos y volvió a la Inspectoría con mejor visión de su ministerio y con renovada voluntad de compromiso.

El P. Guillermo Lugo, que durante casi dos años estuvo a su lado como vicario inspectorial, afirma lo siguiente: «En llegando, la primera impresión que me dio fue la de un hombre de diálogo, abierto y respetuoso, de gran honestidad y sinceridad, de profunda madurez humana, cristiana y sacerdotal. Tomó muy a pecho su responsabilidad. Salió al encuentro de los problemas con la frente serena y decidido. Siendo, como era, inteligente y de pocas palabras, iba 'al grano' de las cosas. Se entregó de lleno a su misión (que prácticamente le costó la vida): animar y gobernar la Inspectoría.

Rápidamente se vieron los frutos: se ganó el afecto de los herma-



nos, comenzó a devolverles confianza. La Inspectoría fue comprendiendo que tenía un superior con capacidad de 'padre' y con condiciones de 'maestro' para guiarla.

Parecía que los problemas no afectaban su equilibrio. Tenía un fino sentido del 'buen humor' y de la sana ironía. Sus intervenciones eran oportunas, breves, profundas, claras y fraternas. El poco tiempo que estuvo al frente de la Inspectoría sirvió para aumentar la comunión e infundir en los hermanos más solidaridad».

Ejerció sus servicios de Inspector sólo durante dos años y medio: fundó las nuevas presencias de Tijuana y de Piedras Negras, intensificó el cuidado de las vocaciones — en especial con el aspirantado de coadjutores en San Luis de Potosí —, promovió el crecimiento del nuevo teologado interinspectorial y asumió la responsabilidad misionera en Guinea Konakry participando en el Proyecto África de la Congregación. Las celebraciones centenarias de Don Bosco, realizadas en colaboración muy positiva con la otra Inspectoría hermana del sur y con las dos Inspectorías de las HMA, fueron como el apogeo de sus servicios inspectoriales y de sus ideales salesianos: una hermosa corona a su fidelidad operosa.

Su perfil de hijo de Don Bosco

El P. Humberto Meneses tenía un corazón bueno marcado por la predilección hacia los jóvenes como expresión de interioridad apostólica.

Era hombre de oración y vivía en profundidad las opciones religiosas. Se dedicaba con constancia al ministerio cotidiano. Tenía conciencia de no ser brillante, pero la vitalidad interior y la esmerada dedicación lo hacían presente e incisivo. Su espíritu era juvenil: a pesar de aparecer a primera vista como una persona más bien seria, abundaba en alegría, en sentido de comunión y de fiesta. Antes de enfermar había demostrado también un dinamismo deportivo en sintonía con el quehacer educativo salesiano. Amaba su misión concreta, interpretada generosamente por la obediencia recibida; no la consideraba individual, sino de comunidad. Por eso se dedicaba a conseguir que el trabajo de los hermanos fuera un proyecto de todos juntos. Se esforzaba por estar siempre en la brecha; era muy casero: teniendo muchas relaciones y personas que lo apreciaban, no se distraía en



amistades dispersivas. Era constante en los momentos de oración comunitaria; fomentaba el espíritu de fraternidad; cultivaba el espíritu familiar de convivencia; sobresalía por su buen humor y sus «puntas» atinadas, espontáneas y finas. Creaba fácilmente un clima de diálogo; y sus temas eran de profundidad. Dentro de la comunidad se mostraba sereno y ecuánime: no hacía drama cuando surgía algún conflicto; prefería en todo caso callarse, pero sin renunciar a su papel de animador y guía. Sabía intervenir con pocas palabras y claramente. Demostraba valentía, especialmente cuando se trataba de defender la verdad.

Con su actuación de director en Colima logró «resucitar» una presencia en situación casi desesperada. Sobresalió por su testimonio religioso, su entrega, su valoración de la comunidad, su capacidad organizadora, su constancia no obstante las dificultades, su comprensión de las posibilidades y de los aportes del laicado, su convicción de los valores de la comunidad educativa, su afán evangelizador, su animación espiritual del ambiente, su sencillez y laboriosidad salesianas. Por eso gozaba de prestigio y de autoridad entre la gente.

El Señor lo había dotado de una inteligencia dúctil: era muy buen profesor, óptimo educador; supo cultivar constantemente el interés cultural y la dedicación a la lectura. Fue prudente administrador, siempre movido por un espíritu concreto de iniciativa. Demostró madurez de criterio humano y religioso, sobre todo frente a los múltiples problemas de la Inspectoría; en las horas de discernimiento tomaba muy en cuenta, con respeto y valorización, las orientaciones de la Congregación y las directrices de los Superiores. Era sensible y atento a los eventos: dúctil y humilde, dejándose guiar por las luces y las exigencias de la vida consagrada, que lo hacían sentirse libre y a disposición; se desprendía fácilmente de las cosas; eran muy pocas las que tenía personalmente; así, por ejemplo, cuando salió de Colima no se llevó ni siquiera la grabadora que le habían regalado.

A pesar de que la Inspectoría se encontraba muy escasa de personal, fue generoso frente a las propuestas para misiones o para especiales servicios a la Congregación; a quienes le sugerían que no convenía hacer ciertos sacrificios, él les contestaba: «Tenemos que dar de nuestra indigencia; el Señor proveerá, y los que ahora se van, regresarán enriquecidos».

Tenía, pues, un conjunto de cualidades humanas, evangélicas y



salesianas que lo hacían un digno y benemérito hijo de Don Bosco para los hermanos y para la gente. En su familiar modestia solía decir: «No soy un *artista* como para hacer obras de arte, pero puedo hacer muchas obras como un simple *artesano*».

Fue un «siervo bueno y fiel» que amó y trabajó por el Señor, que testimonió la validez y la actualidad del espíritu y de la misión de Don Bosco, que caracterizó su libertad con el carisma de la obediencia, y que, guiado por María — de quien era filialmente devoto —, supo hacer de toda su vida «el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes».

* * *

Agradezcamos a Dios el habernos dado en el P. Humberto Meneses un hermano ejemplar y pidámosle para la Inspectoría de Guadalajara y para todo México un constante aumento de buenas vocaciones.

Recemos por el P. Humberto y con él.

La resurrección del Señor, que celebramos en esta solemnidad de la Pascua, nos traiga la esperanza del reencuentro definitivo y feliz.

Cordialmente en Don Bosco,

D. Egidio Viganó,

Rector Mayor

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

P. HUMBERTO MENESES:

nació el 21 de noviembre de 1940 en Puebla (México), falleció el 15 de julio de 1988 en Puebla (México), a los 47 años de edad, 30 de profesión y 19 de sacerdocio. Fue Inspector por dos años y medio.

